

C. GRAVES-BROWN (ed.), *Sex and Gender in Ancient Egypt. «Don your wig for a joyful hour»*. Swansea, The Classical Press of Wales, 2008, 220 pp., ISBN: 978-1-905125-24-1.

Este trabajo es el resultado de la selección y compilación de algunas de las ponencias presentadas en la tercera conferencia anual organizada por el Centro de Egiptología y por el Instituto de Clásicas e Historia Antigua celebrada en la Universidad de Wales Swansea en diciembre de 2005. Dicha reunión surgió como un intento de revisión y respuesta que, partiendo de la polémica interpretación de la tumba de Niankhkhnum y Khnumhotep, planteara nuevas respuestas sobre cuestiones relativas a sexo y género en el marco de la antigua civilización egipcia.

En la introducción, la editora, C. Graves-Brown, expone cuáles han sido los puntos de partida y realiza un breve estado de la cuestión, arrancando inicialmente del tratamiento que la Egiptología tradicional ha concedido al tema; además, ofrece un esbozo de los aspectos estudiados en las once contribuciones albergadas en esta obra y termina sugiriendo el camino que debería seguir esta disciplina, camino que indudablemente debe estar abierto a otras perspectivas, debe tener un carácter interdisciplinar e introducir la consideración crítica «de lo raro» (*queerly critical*) frente a la, hasta hace escaso tiempo, postura academicista de la Egiptología.

Existen tres grandes bloques temáticos en este libro que definen las líneas de investigación, a pesar de que no se corresponden con la ordenación de los trabajos publicados en este volumen. En el primero podríamos enmarcar el artículo de Thomas A. Dowson, el de Richard B. Parkinson y

el de Greg Reeder, todos conectados con la tumba de Niankhkhnum y Khnumhotep y centrados en los nuevos tipos de identidades sexuales y nuevas propuestas de análisis.

Dowson (pp. 27-46) analiza críticamente la cuestión de la *heteronormatividad* academicista, debido a que la visión presentista de la Arqueología propicia y argumenta una historia heterosexual de la humanidad. El autor subraya el hecho de que generalmente se proyecta sobre el pasado la interpretación y prejuicios actuales al servicio de diversas políticas legitimadoras, pero lo más preocupante es la extrapolación y empleo erróneo de términos anacrónicos para analizar el pasado, como la *homosexualidad* y la *heterosexualidad*, indudablemente contaminados por modernas construcciones normativas socioculturales. Como muestra de ello revisa la problemática sobre la relación que pudieron mantener Niankhkhnum y Khnumhotep, como hermanos, amigos o supuestos amantes, siguiendo la propuesta de Reeder. Otros estudios sobre sexo y género en el pasado también están marcados por una visión heterosexual, mutilando con ello su completa y correcta comprensión. El artículo finaliza insistiendo en la necesidad de una fuerte revisión y crítica a estos análisis aplicando la denominada *Queer Theory*, es decir, ofreciendo un marco mucho más amplio de posibles identidades.

En una línea similar, Parkinson (pp. 115-142), centrándose igualmente en la tumba de los personajes antes citados, matiza que la *masculinidad* ha sido construida tradicionalmente a través de la literatura y el arte, pero debería entenderse en términos que trascendieran los conceptos contemporáneos y normativos de las identidades sexuales, para evitar, de esta forma, el riesgo de





subestimar y malinterpretar la *alteridad* del pasado. Así pues, propone una mirada distinta que promueva una historia subalterna de lo múltiple y no de lo único, que vaya en contra de lo normal, lo legítimo y lo dominante, explorando los diversos modos de representar la *masculinidad*, teniendo siempre en cuenta la naturaleza de las distintas culturas en las que se enmarca.

Reeder (pp. 143-155), en su revisión de la tumba de Niankhkhnum y Khnumhotep, expone las poco convincentes interpretaciones tradicionalistas de otros investigadores sobre la posible relación entre los propietarios de la tumba —amigos, hermanos, padre e hijo o incluso siameses— a pesar de la ausencia de evidencias físicas y textuales sobre posibles lazos de parentesco. Sin embargo, incide en que las representaciones muestran una intimidad y un afecto sin paralelos, salvo en casos excepcionales de parejas matrimoniales de la misma etapa. Por todo ello, considera obligado analizar la tumba en sí misma y en comparación con otras representaciones de la época; para esta misión emplea el trabajo de Nadine Cherpion sobre patrones y modelos iconográficos de sentimientos conyugales, puesto que juzga este marco como el más apropiado para su análisis. En base a las evidencias, determina que la relación y el deseo entre miembros del mismo sexo debió existir en el antiguo Egipto, a pesar del velo predominantemente heteronormativo creado por los egiptólogos.

En un segundo bloque, centrado sobre las mujeres egipcias y su relación con las esferas económica, religiosa, y de poder, tendrían cabida los artículos de Kathlyn M. Cooney, Terence DuQuesne, Heather Lee McCarthy y Carolyn Routledge-Cooney (pp. 1-25). Parte del hecho de que la civilización egipcia, en lo referente al renacimiento y resurrección tras la muerte, hizo uso de un «género flexible» como mecanismo que posibilitara la identificación de las mujeres con las divinidades relacionadas con el Más Allá (Osiris, Ra o Atón), generalmente masculinas. El empleo de esta fórmula resulta posible porque la religión egipcia reconoce un proceso de escisión y reconstrucción de las partes de la persona tras la muerte —nombre, espíritu, cuerpo, género. El principal recurso consistió en emplear, en los textos y representaciones funerarias, epítetos

o pronombres femeninos para las divinidades masculinas y epítetos o atributos masculinos para las mujeres fallecidas.

La contribución de McCarthy (pp. 83-114) analiza la tumba de la reina Tawosret, de la dinastía XIX (KV14 del Valle de los Reyes), como ejemplo de la fluidez y flexibilidad de género a la que antes aludimos. Esta reina, esposa de Seti II, gobernó como regente de Siptah, su sucesor, y tras la muerte de éste, como «faraona» por derecho propio. Su tumba resulta de gran interés para un mejor conocimiento de la situación de las mujeres en esta antigua sociedad, y, sobre todo, en la esfera del poder. Su programa decorativo es excepcional, ya que elabora nuevas reglas de *decorum* y nuevas formas de expresión, que sobrepasan el prototipo de tumba característico de su estatus y de su género, para así hacer posible su regeneración y renacimiento en el Más Allá, y expresar una aparente paridad entre ella y su marido, además de reivindicar su propia realeza.

DuQuesne (pp. 157-177) estudia la posibilidad de un nuevo tipo de valoración de los roles sociales y de género en el Reino Nuevo a partir de la extraordinaria información que brindan los tesoros formados por objetos votivos, recuperados en 1922 en la tumba Salahkana del Reino Nuevo, en Asyut. El autor destaca que, así como en otros lugares resulta más extraño, en esta ocasión aparecen bastantes casos en los que las mujeres, la mayoría cantantes y músicas, patrocinan y dedican por sí solas estelas y algunos actos culturales —incluso oficiales—, lo que demuestra una importante independencia femenina. Igualmente, alude a la estela CM004, dedicada por dos militares, material que obliga nuevamente a revisar el tipo de relación que pudo existir entre ambos. DuQuesne observa que en los textos se registra el contacto sexual entre personas del mismo sexo y que no alberga en absoluto connotaciones peyorativas.

Routledge (pp. 157-177), desde una perspectiva algo distinta a las anteriores, analiza los roles de género y los motivos por los que las mujeres suelen aparecer en actitud pasiva en representaciones de caza y pesca, claramente rituales. Para ello recurre al estudio del término *iri ht* (= hacer cosas), usado en exclusiva para los hombres y relacionado con la creación y el mantenimiento

del orden cósmico en Egipto antiguo. Las posibles razones de que no se empleara para designar las actividades realizadas por las egipcias parecen haber sido: en primer lugar, el hecho de que es término que hace alusión a la gente letrada, y, por lo general, los egiptólogos consideran que la sociedad egipcia estaba organizada de forma jerárquica en cuanto al acceso a la literatura y al conocimiento, por lo que las mujeres, salvo algún caso excepcional, no eran analfabetas. En segundo lugar, porque dentro de la ideología oficial se creía que algunos eran instruidos por el rey en la «acción apropiada», y se consideraba que esta enseñanza sería inadecuada para las mujeres. Sin embargo, la autora apunta que dicho término, aunque empleado predominantemente en relación a los varones, en el contexto de las escenas de caza y pesca también podría hacer referencia al mantenimiento del orden cósmico frente al caos, de ahí que los hombres posean roles activos y las mujeres, como meros soportes, pasivos.

En un tercer y último bloque quedan encuadrados los artículos que usan la base documental de la literatura y la escritura, es decir, los de Jiri Janák y Hana Navrátilová, Renata Landgráfová, Racheli Shalomi-Hen y Deborah Sweeney.

Janák y Navrátilová (pp. 63-70) nos ilustran el recorrido seguido por la investigación e interpretación del Papiro erótico de Turín y sobre el debate abierto aún en torno a su posible intencionalidad, autoría y audiencia. Resulta muy sugerente su propuesta ya que en relación a la autoría proponen compararlo formalmente con los papiros funerarios de Deir el-Medina o con el *Libro de los muertos* de Heruben; y en cuanto a la intencionalidad, consideran que, tal vez, fuera la de entretenimiento conjunto de hombres y mujeres, no como manual, sino más bien como una especie de revista de humor erótico.

A continuación, el artículo de Landgráfová (pp. 71-82) examina críticamente las metáforas sexuales y eróticas presentes en los poemas amorosos, advirtiendo la necesidad de aparcar los prejuicios propios del investigador y su época, para no equivocar la interpretación de lo que se lee. Por ello plantea la aplicación del «principio cooperativo» de la «pragmática de Grice». Asimismo, estudiando como muestra de su teorización el ostracon 1650 de Deir el-Medina, determina

que las violaciones de dicho «principio de cooperación» son las que han conducido a categorizar el texto como parodia, algo bastante frecuente en Egipto.

Desde una perspectiva más filológica, Shalomi-Hen (pp. 179-189) analiza la evolución de los determinantes femeninos divinos. La autora observa que una vez que se extendió el empleo de los determinantes antropomórficos, tras el incremento del empleo de la imagen de Osiris como clasificador divino, fue necesario emplear uno en concreto para las mujeres. No obstante, éste experimentó diversos cambios, puesto que para esta civilización era esencial la diferenciación de lo humano y de lo divino. Dado el problema que generaban las representaciones de una mujer con barba y de la reina, se terminó por recurrir al empleo de la cobra —contrapartida femenina del halcón divino— como determinante durante el Reino Nuevo.

Por último, el ensayo de Sweeney (pp. 191-214) no hace sino proseguir con sus investigaciones en el marco del lenguaje y el género. Se centra en el análisis de una serie de textos de época ramésida en busca de las distintas formas de expresar peticiones, formuladas tanto por mujeres como por hombres, combinando en su estudio diversos factores, como puedan ser la etnia, la clase, la ocupación, factores temporales, etc. La autora concluye que las diferencias no resultan significativas, ya que ambos se expresan cortésmente cuando la situación lo requiere; lo que sí parece evidenciarse es que las mujeres son más persistentes que ellos, tal vez porque tengan más desventajas.

En resumen, aunque las categorías de género en Egipto parecen muy rígidas y se revelan a través de numerosos convencionalismos —color de la piel, postura del cuerpo, estilo de peinado, vestimenta y ajuar funerario, sin embargo, en realidad, hay datos que parecen indicar que estas categorías de género pueden haber sido más flexibles. Además la demarcación de género nunca opera de forma aislada sino en conjunción con otros factores, por ejemplo, la posición social, la edad o la etnicidad. De hecho, en los textos antiguos se mencionan categorías humanas a caballo entre lo masculino y lo femenino, es decir, se constata la falta de correlación entre género y sexo.

Consideramos que la originalidad de esta obra estriba en la combinación del análisis tradicional, desde una perspectiva filológica e iconográfica, y reflexiones sobre la cultura material e incluso sobre la propia Egiptología como disciplina. Es pues un trabajo interesante, de lectura accesible,

e indudablemente una valiosa contribución para el estudio de las relaciones de género en el antiguo Egipto.

Alba BRAVO
Universidad de Salamanca

